

EL IRIS DE PAZ

REVISTA PSICOLÓGICA Y LITERARIA

ORGANO DE LA FEDERACION ESPIRITISTA PUERTORRIQUEÑA

DIRECTORA Y ADMINISTRADORA:

Agustina Guffain de Doittau.

Los verdaderos sabios "ignorán" que lo son, y los necios creen que son sabios.

ENTERED AT THE POST OFFICE AT MAYAGUEZ P.R. AS SECOND CLASS MATTER APRIL 5 1905

Lo maravilloso positivo

La cuidadosa investigación llevada á efecto por las primeras inteligencias del planeta en lo que concierne á los problemas psíquicos; la paciente obra emprendida por esos hijos de la ciencia en las innumerables revistas, panfletos y diarios; la noble abnegación de los enciclopedistas, artistas y poetas en la propaganda humanitaria de una idea sagrada, como es la de nosotros: todas las invenciones del humano ingenio, todas las revoluciones, todas las obras de fé, todas las obras de amor y todas las sagradas obras caritativas que alegran el espíritu y despiertan la conciencia, todas,

absolutamente todas reconocen una causa: el Espiritismo.

Y, ¡fenómeno raro! Mientras los consecuentes, los elocuentes, los abnegados, los iluminados, los nobles, los notables, los respetables, solicitan del cielo la esperanza, la templanza, la sabiduría; los hipócritas, los oligarcas, los monarcas, obispos, curas, sacristanes y monaguillos, lazarillos todos de la maldad y del engaño y de la hipocresía, ayudados por los materialistas, tratan de hacer la guerra inícuca, maldita ó torpe guerra á los virtuosos, los venturosos, los iconoclastas; los revolucionarios.....

Todo por cuestión de principios, de opiniones, de investigaciones. Por que todos ellos no inventan nada, no hacen nada, no piensan cuerdamente,

noblemente, como lo hacen los iconoclastas, los revolucionarios, los libertarios. Porque siempre han tratado al pueblo con los principios malditos de sus sistemas, de sus anatemas. Y todo esto no lo hacen con ellos los libertarios, los revolucionarios, los iconoclastas; porque reconocen un principio: Lo maravilloso positivo.

Este principio no ahorca, no guillotina, no asesina. La luz más pura esparce. Este principio no crea tribunales inquisitoriales, criminales, como todos sus tribunales criminales, donde se pisotea el derecho, la virtud, la honradez, la sencillez, la candidez, conocidos con el nombre de confesionarios.

Este principio predica la honrada labor, la labor intelectual. Llama á los hombres hermanos, humanos. Solicita la cooperación de los libertarios, de los revolucionarios, de los iconoclastas. Porque su obra es destructora y edificadora.

Destruye las viejas instituciones, las viejas preocupaciones de los hipócritas, de los malditos, de los asesinos.

Construye la nueva obra, la obra modesta de la ciencia, la obra gloriosa: LA LIBERTAD DE CONCIENCIA.

¡Paso á lo maravilloso positivo!

(Traducido libremente del "Banner of Light", de Abril, num. 7.)

LA OCIOSIDAD

OCIOSIDAD.— El vicio de no hacer nada, ó de gastar el tiempo inutilmente. *La ociosidad es madre de todos los vicios. Hay un hambriento por cada ocioso.*

(Proverbio chino.)

Indudablemente, cuanto se diga

de la ociosidad, todo es poco para vituperar un vicio de tan funestas consecuencias, porque de una persona que no tenga un ideal y un afán que le preste aliento, nada bueno se puede esperar.

Mucho y muy beneficioso se ha escrito acerca de ese defecto capital que sobre tantos hombres extiende sus negras y mortíferas alas, y uno de los artículos que más me ha llamado la atención referente á la ociosidad, es uno titulado *El Talismán*, y encierra tan útil enseñanza que, aunque no sea íntegramente, quiero copiar algunos fragmentos del mismo.

"Un buen padre de familia dejó á sus hijos Pedro y Manuel, en partes iguales, un gran capital, empleado en dos establecimientos de géneros del país y extranjeros. Los dos hermanos tomaron posesión de su herencia y ambos se instalaron en sus respectivas tiendas rodeados de su familia. Pedro, el mayor, tuvo tan buena mano en sus negocios, que en poco tiempo triplicó su capital, siendo su tienda el emporio de la moda á la cual acudían las mujeres más elegantes de la población; en cambio, Manuel, aunque compraba en las mismas fábricas que su hermano y hacía idénticos pedidos, se pasaba las temporadas sin conseguir despachar sus géneros almacenados, y para olvidar sus descalabros comerciales, estaba abnado al teatro y no había fiesta ni fiestecilla á la cual no asistiera en compañía de su familia, y tanto malgastó y tan mala maña se dió administrando su capital, que al fin se tuvo que declarar en quiebra; los acreedores se apoderaron de todas las existencias de su establecimiento, quedando reducido á la mayor miseria,

y como nadie quiere reconocer sus defectos, él renegaba de su suerte, envidiando y odiando á su hermano, cuyo caudal aumentaba prodigiosamente. Pedro, al enterarse de la desgracia de Manuel, fué á verle y encontró á su hermano desesperado, diciendo que buscaría en la muerte la honra perdida.

—Eso nunca debes hacerlo, le dijo Pedro severamente, tienes tu esposa, tienes tus hijos y para ellos tienes que vivir.

—Ya lo dices tú, vivir!... Cómo? de que manera?

—Pues del modo más sencillo, haciendo lo que yo he hecho, durante algunos años; si tu me das tu palabra de honor de obedecerme en todo y por todo hasta que yo te diga: ya te puedes manejar por tu cuenta, te montaré un nuevo y lujoso establecimiento, y tu me irás pagando por años vencidos hasta recuperar tu capital.

—Con mil amores acepto tu generoso ofrecimiento.

Pedro cumplió su palabra; le puso á su hermano una tienda en toda regla, muy bien surtida, decorada con el mejor gusto; cuando Manuel tomó posesión de ella lloraba de alegría. Pedro le hizo recorrer todas las dependencias, y Manuel se quedó parado ante un lujoso escritorio, cargado de libros de caja, de libretas y cuadernos, y en medio de tantos papeles se levantaba un bonito globo de cristal que resguardaba del aire y del polvo á una tosca piedra.

—Y esto, para que sirve? le preguntó Manuel á su hermano, señalando el globo y la piedra.

—Este es el *talismán* preciosísimo que me ha dado mi gran fortuna y que sólo para tí me despréndo de él temporalmente.

—Tamaño virtud tiene esa piedra tan tosca y tan fea?

—No te lo puedes tú imaginar.

—Y qué he de hacer?

—Muy poca cosa: en cuanto te levantes, te acercas y la contemplas un minuto, y si es posible en compañía de tu esposa y de tus hijas mayores, y durante el día cada media hora haces la misma operación, miras la piedra y sigues tu trabajo y sólo durante las horas de descanso y los domingos por la tarde dejas de mirar la de media en media hora. Yo con este procedimiento he conseguido hacerme inmensamente rico, y confío que á tí te sucederá lo mismo.

—Yo te juro que por mirar la piedra no quedará.

Y efectivamente, Manuel cumplió religiosamente su palabra, imitándole su esposa y sus hijas, que como habían llegado en su ruina á sentir los horrores del hambre, quisieron recuperar su bienestar perdido, y cada media hora acudían solícitas á mirar la piedra, muy contentas y muy satisfechas porque los negocios de su padre iban viento en popa, tanto, que en poco tiempo triplicó sus ganancias y pudo devolver á su hermano cuanto dinero le había prestado.

Pasaron algunos meses, y un día Pedro se presentó en casa de su hermano, diciéndole:

—Como ya eres rico y tienes tu porvenir asegurado, vengo á recoger el *talismán*.

—Tuyo es, le dijo Manuel; pero cree que me separo de él con tristeza, porque he debido á su contemplación las horas más felices de mi vida.

Pedro levantó el globo, sacó la piedra y con poderoso empuje la tiró á la calle. Manuel dió un grito de angustia, diciendo:

—Desgraciado! te has vuelto loco? Cómo tiras la piedra angular de nuestra riqueza?

—Porque la piedra angular de

nuestra riqueza la llevamos nosotros mismos en nuestra laboriosidad y en nuestro amor al trabajo. Con esta inocente mentira he hecho de tí un hombre honrado, útil para tí mismo, para tu familia y para la sociedad. Con el afán de mirar la piedra de media en media hora, te acostumbras a estar en tu casa y á no abandonar tus negocios; sin tú darte cuenta, el vicio de la ociosidad huyó de tí, no encontrando terreno abonado para perder el tiempo en vanas distracciones; ante el trabajo, conságrate al bien de los tuyos y al de los demás y la miseria y la deshonra huirán de tí."

Cuánto enseña el anterior relato!... yo creo que si nos fijamos un poco, todos los hombres tenemos una *piedra* que contemplar para huir de la holganza y de todos los vicios; esa piedra es la vida de mañana; la ociosidad es el gran enemigo de la humanidad; el que no se ocupa en nada, en nada puede esperar; del trabajo brotan todos los gérmenes de prosperidad; el más pobre puede llegar á ser inmensamente rico; el más ignorante, el más profundo sabio; el más degenerado, el redentor de un pueblo; nada se alcanza por gracia ni por favoritismo; todo lo que se consigue es por justicia, por esfuerzo titánico, por enérgica voluntad.

Atrás, ociosidad! atrás, rémora de los pueblos! atrás, compañera inseparable del fanatismo y de la ignorancia! En cambio, ven, tú, oh, trabajo bendito! Ven con tus máquinas y tu movimiento incesante, con tus inventos, con tus descubrimientos, con tus obras maravillosas, con los raudales de la vida eterna. Sólo las religiones han lanzado su anatema sobre el trabajo, por eso los pueblos religiosos son nidos de pordioseros.

Atrás, ociosidad! y tú, oh, trabajo bendito! sé el ángel tutelar de los espiritistas, para que consigamos hacer vergeles de los eriales y hombres útiles de los mendigos de profesión.

AMALIA DOMINGO SOLER

La pena de muerte

Donde impera el amor todas las leyes sobran.

VICTOR HUGO.

El amor, señores; el amor es el resorte mágico, el talismán desconocido para muchos, y único para todos. Llegar á ese grado de adelanto en que pasando por encima de preocupaciones necias de razas y castas y títulos y categorías, vea cada hombre, en su semejante, un hermano, y no quiera para los demás lo que no quiera para sí.

La ley de amor, de vida y de progreso, no destruye, evoluciona: La Justicia Divina por medio de la expiación, regenera, pero no mata jamás, y las leyes humanas que dicen apoyarse en la Justicia Divina, en principios morales y religiosos, olvidan el Decálogo que nos ordena: "no matarás", y matan con el refinamiento de discutir la muerte mejor, la hora más adecuada, el día más á propósito, ¿para qué? para matar ¿á quién? al hermano.

¡Sociedad, sociedad! convéncete de una vez para siempre, que ese hombre, ese desgraciado que infamas y escarneces con la sentencia de muerte como castigo de una falta, "es tu hechura; germinan en su sér tus mis-

(Continúa en la página 10)

PROGRESOS DEL ESPIRITISMO

VII

Sabemos que en el año 1848 empezó la divulgación del Moderno Espiritismo en América, que allí se denomina "Moderne Spiritisme". No ignoramos que con las llamadas "mesas giratorias y parlantes", el fenómeno pasó á Europa allá por el año 1852 en donde "fué estudiado con recto sentido y solícito afán por Allan Kardec, que recopiló las enseñanzas de los Espíritus dando las claves de la producción del hecho y colocándolo en el orden de los fenómenos naturales según la teoría espiritista que se apoya en bases positivas y racionales."

El espiritismo se generalizó extraordinariamente en la Gran República, pues dos años después de las primeras manifestaciones espiritistas en aquel país, se contaban por miles los adeptos á esta doctrina, descolando en primera línea jurisconsultos como el juez Edmons quien publicó un gran libro en 1856 afirmando la realidad de los fenómenos. Mapes, profesor de química en la Academia Nacional de los Estados Unidos, prueba que los fenómenos se verifican con la intervención de los espíritus. Roberto Hare, el célebre profesor de física de la Universidad de Pensilvania, después de rigurosos experimentos científicos, llega como los primeros á la conversión.

Con tan distinguidos adalides era de esperarse que el espiritismo tomara cuerpo en aquel próspero país de la democracia y la libertad; pues las respetadas opiniones de esos hombres, abrieron bien pronto el camino

de la observación y colocaron alto, muy alto, el nombre de la nueva ciencia.

El espiritismo salió de América para invadir á Europa, pues en Francia, España, Alemania, Inglaterra, Austria, Italia, Bélgica, Holanda ó Países Bajos, Zúiza y Portugal, existen infinidad de sociedades y periódicos dedicados á la rápida divulgación de las *Nuevas Fuerzas Psíquicas*, merced á las cuales debemos los mayores progresos realizados en todos los órdenes de la vida.

La chispa de la verdad iluminó el corazón del hombre. La razón despertó ante el sonido del clarín de la justicia divina.

Detengámonos á reflexionar por algunos momentos: consideremos lógicamente que la esencia de la verdad espírita, parte de un principio para nosotros inaveriguable; pensemos en que la justicia divina es irremisiblemente eterna; consideremos á Dios con todos los atributos que le son inherentes. El principio del espiritismo nos es desconocido porque se pierde en la eterna noche de los tiempos y nadie puede decir de "allí" salió, pues ese *allí* indicaría un sitio conocido que cualquiera podría definir á su gusto. Desde que hay espíritus se sabe que debe haber existido el espiritismo; y éstos se consideran tan antiguos como la misma creación.

La Justicia Divina no tiene un período determinado al cual se le pueda precisar fecha numérica, porque ya entonces no sería eterna ni estaría sujeta á un proceso regular. Preciso es convenir que esta es obra de Dios y siendo Éste de toda eternidad, su justicia debe serlo también.

Si le atribuimos á Dios los mismos vicios del hombre, forzoso sería con

fesar sin escrúpulos, que éste estaría sujeto á pasar por las leyes de las evoluciones y éstas no serían del todo perfectas porque tampoco era perfecto su Autor.

Si lo consideramos caprichoso, no habría en El equidad ni justicia, ni amor, ni inmutabilidad, etc, etc. Luego es preciso aceptarle como un sér cualquiera de la creación. ¿Y cabe que el Padre de las humanidades, el Increado Sér, el Sabio Autor, el Excelso Espíritu tenga el menor defecto?

¡Ah! semejante suposición es demasiado ridícula y no seremos nosotros los que aceptemos como artículo de fé (ciega por supuesto), una suposición que sólo el cálculo y el convenio ha establecido para llevar al hombre al más vergonzoso ateísmo, porque ateísmo es esa ridícula amalgama de principios dogmáticos creados por la casta sacerdotal del clero.

A Dios hay que atribuirle las excelsas condiciones de la virtud y del amor, de la justicia y la razón, del derecho y del deber, porque en El se encierra la absoluta perfección y la sabiduría absoluta.

Un Dios colérico, caprichoso y vengativo, que castiga la falta del hijo hasta la cuarta generación, es un Dios demasiado perverso y ninguna confianza ha de inspirarnos para perpetuar su monstruoso nombre, puesto que por la más insignificante falta nos castigaría irremisiblemente en el infierno.

Pero ese no es el Dios de justicia ni de amor que nosotros amamos en "espíritu y en verdad", sino el Dios católico que de todo tiene menos de bondad un átomo y de justicia un reflejo.

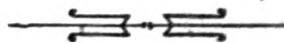
Quedéense los católicos con su iracundo Dios que nosotros buscaremos

el nuestro por el opuesto camino del mal, que es el bien, y le adoraremos no por miedo á su *ira*, ni por cálculos premeditados, y si por el amor y el respeto que nos merece el Gran Espíritu, el Jehovah de los mahometanos, cuya incomparable sabiduría creó con sus destellos de purísima luz, los mundos y los soles que se pierden en la inmensidad del espacio.

Ante ese Dios grande nos postramos nosotros, no para pedirle favores ni *días de gracias*, que no hemos de suplicarle á El lo que corresponde al espíritu, sino para reverenciarlo con toda la idolatría de nuestras almas y tributarle nuestra gratitud, eterna.

El espiritismo, que es la luz de la razón que nos indica admirablemente el camino que hemos de seguir hasta llegar á la perfección relativa de nuestro espíritu, nos presenta á Dios con todos sus atributos de amor y justicia y desmiente rotundamente la paradoja del infierno, que no existe abajo de la tierra ni arriba del cielo ni en el fondo del océano.

HIGINIO LOPEZ SOTO.



Los milagros no existen

Diálogo

—Caballero, usted me permite?

—Con mucho gusto.

—Si no me engaño, creo haberle visto en el Centro "Esperanza", de Doña Agustina?

—A mí me sucede lo propio con usted.

—Pues bien, dispense la confianza, pero yo desearía me hiciera usted el obsequio de permitirme algunas preguntas referentes al Espiritismo; pues, si no me engaño, creo haber oído que usted conoce esa doctrina.

—Algo así. Hace algún tiempo me ocupo de ella, porque después de haberme penetrado del ROMANISMO y de otras sectas religiosas, la encuentro lo mas racional y sin pretensiones ridículas que pugnen con el buen sentido. No alardea de poseer sola la verdad, haciendo estribar esta en rendir ciego culto á dogmas absurdos, sino que recomienda la práctica de todas las virtudes, como medio de regeneración, y el libre discernimiento. Yo creo que esto es lo más esencial. Estoy dispuesto á complacer á U. en todo lo q. me sea dable.

—Bien, empiezo por anticiparle mi mas cordial agradecimiento, y vamos al caso.

¿Cual es la causa que por mas que se tenga el mejor deseo y se ajuste uno á los preceptos que se recomiendan para obtener favorables resultados no se puede conseguir lo que se desea, tal como el comunicarse con algún ser querido ó de sus familiares? También observo que algunos médiums no salen de cierto círculo, que podríamos llamar vicioso, siendo así que muchas comunicaciones son un fiel reflejo de su personalidad; pareceme que esto es impropio, pues, los espíritus deben vencer toda dificultad, por eso son espíritus.

—¡Caballero! está usted en un crasísimo error.

—¿Cómo así?

—Me explicaré:

Nada más lógico y natural que así suceda, lo contrario sería un milagro, y los milagros no existen. Nadie puede dar más de lo que tiene. La *muer-*

te no opera una transformación brusca en el *modo de ser* del espíritu que desencarna; éste, como es natural, queda *tal como es*; llevándose sus conocimientos, gustos, pasiones, tendencias, etc, etc. Si es un ignorante se quedará en ese estado hasta que se instruya; y si es inteligente seguirá siéndolo, y cada vez más, según su voluntad. En ambos casos resultará lo propio; y lo mismo en el concepto moral: unos buscarán el bien y otros persistirán rezagados en el mal. El *cambio* no acusa progreso violento.

Un médium no es otra cosa que un *intérprete* más ó menos perfecto, según sus aptitudes físicas y morales: interpreta el *mensaje* adaptándolo á sus conocimientos. El Espíritu no va, sílaba por sílaba, palabra por palabra infiltrándose al médium, sino que le trasmite su pensamiento y el médium es el que le dá forma, imprimiéndole el matiz de su personalidad, como es natural; de aquí el que se suponga que todo es obra del médium. Si el espíritu que se manifiesta es adelantado y encuentra en su intérprete un cerebro bien organizado, rico en conocimientos y propicio para poder obrar en él libremente, entonces podrá salirse de la rutina y elevarse el médium á grandes alturas; extenderse en consideraciones más ó menos filosóficas ó científicas; admirar por la elevación de su estilo y elocuencia de su lenguaje; pero si no, el Espíritu no podrá *fabricar* lo que no existe; viene siendo como un consumado artista que no tiene los medios necesarios para evidenciar su habilidad, pues por más esfuerzo que haga serán inútiles. En el Libro de los Médiums del Maestro Allan Kardec, encontrará usted detalladas explicaciones que le pondrán al corriente de ese fenómeno.

Ahora, respecto á su primera pregunta: si no siempre se obtienen los resultados que se desean, consiste en que no en todas las ocasiones los estados físicos y disposiciones morales de los médiums son favorables. Las preocupaciones ocasionadas por los afanes de la vida, la disposición de ánimo de los concurrentes, la emisión de fluidos antagónicos que se repelen por la diversidad de pensamientos, la categoría de los espíritus que asisten; influyen poderosamente para obstaculizar ó favorecer el fenómeno. De ahí que no en todas las tentativas se obtengan los resultados deseados, de ahí el fracaso.

A primera vista parece que solo basta con evocar á un espíritu para que concurra á nuestro llamamiento y nos complazca; esto dista mucho de ser así. Los espíritus se ven cohibidos por circunstancias que no dependen de su voluntad eludirlas, no pudiendo á veces manifestarse aunque así lo deseen. Obedecen á órdenes superiores; y además, aunque tengan el permiso, no teniendo la necesaria simpatía ó *afinidad fluidica* con el médium tampoco pueden hacerlo. Todos los fenómenos obedecen á leyes precisas, leyes que aún no son bien conocidas, por lo que las exigencias con los espiritistas no se justifican; adolecen de falta de buen criterio por parte del que las demanda. Y me permito llamarle fuertemente la atención sobre este particular.

Aún en esos Centros, digamos de *rompe y raja*, dirigidos por personas ineptas, pero de muy buena fé, en los que se ven caer á mujeres con *pataletas* y otras ridiculeces, que en honor á la verdad, lejos de servir para convencer más bien llevan el desaliento á las personas de mejores disposiciones, dispuestas á creer; si se observan

detenidamente los hechos, se verán que no son del todo inútiles, que alguna luz arrojan, que hay algo insólito que está fuera del radio de los asistentes. Un buen observador puede sacar no poco partido.

—Me gustan sus razonamientos, aunque no me satisfacen del todo, le soy franco. Pero voy á seguir frecuentando los Centros hasta ver si logro convencerme, y si lo consigo tendrá esa doctrina en mí un fiel adepto y me concretaré á su propaganda hasta donde me lo permitan mis fuerzas.

—Muy bien; lo felicito por su buen deseo. Ahora me permito recomendarle que no busque el Espiritismo solamente por la parte fenomenal, sino también por un estudio serio en los libros, poniendo por guía el análisis de un frío razonamiento en concordancia con las elucubraciones del adelanto científico de *algunos hombres*, único medio de poder llegar á un resultado provechoso, teniendo siempre presente la máxima del Maestro: "Vale más desechar cien verdades que admitir un solo error".

—Seguiré sus consejos y hasta otra si usted no lo tiene á mal.

—Si Dios lo permite seré con Ud, pues me agrada cuando me encuentro con personas sinceras.

UN ESPIRITISTA.

Los escépticos

Os habeis fijado alguna vez en la acción destructora y silenciosa de esos diminutos coleópteros que se apoderan del interior de las maderas,

hacen allí su nido, y con paciencia de chino lifántico, las van royendo y taldando hasta convertirlas en polvo? He ahí la imagen del escéptico.

Al igual de la carcoma de las maderas, se apodera de vuestro corazón, que se encuentra ávido de emociones, anheloso de vivir, animado por la fé, y silenciosamente os vá inoculando el destructor virus de la desconfianza, del recelo, de las mezquindades, echando cubos de agua fría á vuestros entusiasmos, y acabando por haceros un aliado de su bando negro, por poco que os abandoneis en su desgraciada compañía, ú os falte la fuerza de reacción necesaria para destruir sus letales argumentos.

El escéptico nace y se hace. Existen personas que nacieron con organización física degenerada, y son escépticos por impotencia. De buena gana quisieran vibrar como los contentos, como los dichosos, ó cuando menos como los esperanzados; pero no pueden dar nunca una nota como la que sale de esos registros de expansión y de vida, y como de algún modo tienen necesidad de manifestarse, se manifiestan tales como son: lúgubres, descontentos, moralmente horrosos.

En qué consistirá que otros hombres nacieron igualmente con defectos de organización, y sin embargo, se les vé danzar en la sárdana de la fiesta? ¿Cómo se explica que teniendo motivos para protestar como energúmenos, se les vé, por el contrario, tranquilos y resignados? Pues la causa principal que media en ello, es, á nuestra manera de ver, puro efecto del temperamento.

La última clase de sujetos á que he aludido, tienen un espíritu bondadoso infundido en una caja averiada, en tanto que los escépticos con tara fisi-

ca, tienen la caja y el alma en completa avería.

El escéptico por impotencia es en el fondo un ambicioso fracasado. Ha soñado en empresas gigantescas, en combinaciones financieras enrevesadas, tal vez en la gloria, en los aplausos ó en el amor de muchas de ellas, y la realidad le ha dicho con su elocuente lenguaje severo: "*Eres demasiado pequeño para las cosas grandes*". Solamente que nuestro hombre, al dirigirse á los demás, traduce aquellas palabras como la zorra de la fábula hacía con las uvas que no estaban á su alcance: "*Están verdes*".

El ambiente que despiden un escéptico de la índole citada, es altamente depresor. De sus labios no salen nunca alabanzas para nada, ni para nadie. Todo trabajo conducente á una mejora general, al sufrir el análisis de su inteligencia, se convierte en un plan de especulación mezquina capaz de sonrojar á sus autores. No tiene fé en sí mismo, ni en los hombres, ni en Dios. Es volteriano en la risa, raquíptico en sus juicios y malévolos en sentimientos.

Cuando sus conocidos fracasan en alguna de sus empresas, se alegra á lo chimpancé. Es género contagioso que debiera permanecer largo tiempo en lazareto para evitar las contingencias de propagación de su mal. Es un leproso del espíritu.

Pero existen otra clase de escépticos que los ha hecho la civilización, y entre los tales pueden figurar algunos neurasténicos con llama vital sumamente baja, pero con inteligencia despierta y sagaz. Puede que alguno de éstos haya entrado en la arena de la vida con más candidez que un colegial, sin corazas y con armas de guardarropía; pero á fuerza de recibir cachetes sin ton ni son, y

de ser correspondida su buena fé con la *fe púnica* de otros hombres, han acabado por renegar de los hombres y de la fé.

En vez de retirarse marchitos á sus hogares, han levantado los puños amenazadores contra la sociedad, exclamando: ¡Me vengaré! Y en efecto, se veugan. ¿Cómo? De una manera muy maquiavélica y nada sujeta á riesgos penales.

Utilizan sus aptitudes al envenenamiento de toda ilusión y mira elevada. Ponen en solfa la sinceridad, se mofan de la hombría de bien, enseñan el aspecto ruin de las cosas, sin entonar jamás cántico alguno á lo simpático de la vida; creen ver bajo aspecto comercial la filosofía, la religión y la ciencia, y se gozan destruyendo, sin preocuparse en edificar. Sus enemigos más firmes son los hombres de convicción y energía, porque también son los más refractarios á dejarse inocular el virus del escepticismo. Están á la caza de toda noticia que pueda contribuir á enfriar entusiasmos, y tan pronto consiguen alguna, tienen buen empeño en hacerla circular en la conversación habida con sus conocidos, comentándola con la sistematización del sectario que se empeña en sacar triunfante su idea fija.

Una indicación vital ha obligado á fijar en varios sitios públicos, la siguiente inscripción: "*No escupais en el suelo*"; pero otra indicación de tan vital interés para la salud de los pueblos, debería tomar forma exterior y exponerla en lugares concurridos, bajo el siguiente consejo: "*Guardaos de los escépticos*".

DR. VICTOR MELCIOR.

La pena de muerte

(Conclusión de la página 4)

mos vicios, y fermento de tus detritus fié el que trajo á su cerebro la

malhadada idea, la sangrienta tendencia de vengarse; de esa misma sociedad que, al darle vida con el fermento de su detritus, personificó en él el crimen social, y poniendo en sus manos las armas de todos los vicios, en su pecho el acibar de todos los venenos, en su boca la hiel de todos los desengaños, puso también por irrisión delante de su nublada vista un cartel que, en nombre de la Religión y de la Ley ordenaba NO MATAR.

.....
 ¡No matar!..... Llevar á la conciencia del individuo la convicción íntima de que al mal se antepone el bien, convencer al hombre por el razonamiento lógico y el principio de la moral cristiana de que al herir á la sociedad se hiera á sí mismo, hacer á los seres encarnados levantar la mirada más allá, mas allá,.... y encontrar la justicia en la compensación; esa es la misión de los que marchando á la cabeza de la civilización, hacen leyes y dictan sentencias, "leyes que perdonan, herir en muchas ocasiones y sentencias que en otras no dan lugar á perdonar.

¡El perdón!... ¡Oh, amigos míos! Dijo Jesús "el que esté sin pecado que arroje la primera piedra", y ¿cuál de nosotros, reos todos de invisibles delitos, tendrá derecho moral para apedrear á su hermano?

¡Despierta, Sociedad! ¡Magistrados, poned la mano en vuestra conciencia, y donde ayer escribisteis, MUERTE, escribid hoy, REGENERACION, y con la bandera blanca por divisa, mostrad á los pueblos los nuevos derroteros que las evoluciones del progreso marcan al hombre en el porvenir.

Haced luz en el fondo de las conciencias; abrid paso franco á la civilización; escribid en los Códigos la ley de amor; basad la ley en la Justicia Divina, en una palabra, *levantad el espíritu* Sres. Magistrados que, *si impera el amor todas las leyes sobran.*

SIMPLICIA AMSTRONG DE RAMÚ.